

¡¡SSSSKINNERRR!!!

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

"iiiSssss...kinnerrr...!!!"

Skinner, al oír el grito de guerra del Superintendente Chalmers atronando en los pasillos de su escuela, alzó los ojos al Cielo al ver que su mundo se le venía abajo, de nuevo. "¿Qué sería ahora, Dios mío?" se preguntaba, como cada vez que aquél aparecía sin previo aviso y descubría algo fuera de las normas de las escuelas primarias de ese Estado Federal, innombrable.

"Aún habría tiempo", pensó agarrándose a esa tabla de salvación. Y fue corriendo a recoger la fregona y el cubo que Willie se había dejado en medio del pasillo. En un momento, los guardó en una de las taquillas que estaba vacía y de las pocas que todavía conservaban su puerta intacta.

Pero no, no podía ser sólo eso, seguro que tenía que haber algo más, porque el grito aquél había sonado a falta muy grave. Había en él, más eses y más erres de las habituales. A mayor arrastre de su nombre por la garganta del Superintendente..., mayor gravedad en el pecado. ¿Un cristal roto...? ¿Una gotera no detectada? No..., no..., era algo más: como la madre de todas las faltas en aquella escuela maldita, con vida propia para tenerle en una permanente angustia, que tanto se empeñaba en atormentarle la suya. Y no podía ser... sino la relación impropia con su amada Edna. Su adorada Edna. Edna Krabappel, la bella entre las bellas. Desdeñosa, insatisfecha, caprichosa, egoísta, coqueta, veleidosa... ¿Qué más calificativos poner a ese su sueño hecho mujer...?

"iiiiSsssssskinnerrrr...!!!", y cada vez más cerca otra vez su nombre, cargado con nuevas eses y nuevas erres añadidas avanzando hacia él, sin un lugar donde sentirse seguro allí, porque se refugiara donde se refugiara, acababa encontrándole siempre, a pesar de aquél laberinto de pasillos.

No era la jungla de Vietnam como cuando sirvió en el cuerpo de Marines, no..., esto era aún peor. Aquí, no te atormentan todo el tiempo con La Cabalgata de las Valkirias como allí, donde acababas aborreciendo más la musiquilla ésa de Wagner, que a los inacabables Charlies que te salían bajo cada mata que ibas pisando. Aquella guerra ya quedaba lejana y todos los que en ella participaron, ya son viejos. Menos Skinner, por quien no pasan los años. Como les ocurre a todas las personas con las que se relaciona en esta población de Springfield, un lugar mágico al que le destinaron como director de su escuela primaria, donde va transcurriendo la vida, pasando año tras año, pero en el que todos sus personajes se han quedado estancados en el tiempo. Mira Bart, su tormento de alumno, un

gamberro descerebrado que lo conoció con 10 años, hace 30 años, y sigue manteniendo aquella misma edad. Sólo cambia, Springfield y la vida con sus adelantos tecnológicos. Hay nuevos coches, pantallas planas, teléfonos móviles y nuevas formas de pensar que cuando, en 1987, se hizo cargo de esta escuela. Pero todos sus habitantes, y él mismo, se han aferrado a su edad de partida en aquél año, y con ella continúan. No sabe aún porqué es así, pero es así y sólo él parece cuestionarse ese absurdo temporal.

Skinner, al sentir el retumbar del suelo por las pisadas de gigante del Superintendente, sale de ese ensimismamiento producido cuando le da por pensar en porqué la vida de los ciudadanos de Springfield se detuvo en aquella fecha, como parada está una roca en medio del arroyo, viendo pasar el agua día a día, a su alrededor.

Y siente que todo esto le viene grande: su Edna, su madre, el Jefe que berrea su nombre, los alumnos que nunca maduran lo suficiente con sus calificaciones para que la escuela obtenga esas subvenciones estatales que le permitan modernizar... el laboratorio, por ejemplo. O Willie, el conserje más refunfuñón que, si fuera una persona como en cualquier otra ciudad, ya le habría llegado la edad de la jubilación en todo este tiempo, y le hubieran mandado hace tiempo, un sustituto más asequible.

Afortunadamente, la escurridiza Edna, siguen siendo tan bella como la conoció. Pero su propia indecisión para entregarle su vida y abandonar a la madre eterna y dominante, tal y como le aconseja el libro del Génesis 2:24, que dice: "el hombre abandonará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer para formar una sola carne...", pues le cuesta. Y su amor, cansada de tanta duda, busca en otros lo que él no puede darle. Bueno, salvo algún achuchón inacabado en el cuarto de las escobas de Willie, porque Bart tiene como un sexto sentido para descubrirle en las situaciones más comprometidas.

Pero no es sencillo para el director Skinner librarse de la sombra de Agnes, su madre, de la que le gustaría independizarse para tener su propia vida, pero sólo bajo su mando se siente seguro, ya que piensa por él, y le marca el camino, sin verse en la obligación de elegir, no acertar..., y que se lo reproche. Tampoco la muerte será su aliada en librarle algún día de su dominio, porque el tiempo estancado en los habitantes de Springfield, impide que actúe. Así que para disgusto de su Edna, hay Agnes para tiempo.

Sigue avanzando por los pasillos, huyendo del Superintendente que le sigue los pasos, reclamándole su presencia a voz en grito. Y por fin, ve un lugar donde esconderse hasta que se acabe el peligro, que es el cuarto del encargado de mantenimiento. Allí, entre escobas y cubos de basura, aguardará el paso del huracán Chalmers. Y decidido, abre la puerta y ¡oh, sorpresa!, allí encuentra a su amada, a la deseada Edna, sentada en el

suelo, despeinada, su ropa descompuesta y fumándose un cigarrillo, recreándose en las formas del humo con su mirada somnolienta y sensual, hasta que el director se decide y se encierra con ella, huyendo de la vida. Del fondo del cuarto, se levanta azorado, y descamisado, un Willie que se justifica diciendo que sólo había entrado un momento a buscar un rastrillo para recoger las hojas del césped, "salgo ahora mismo director Skinner..., cosas que pasan...", y sin otra explicación, les deja a solas.

Edna, da una calada profunda y con mirada retadora, le dice: "no es lo que te imaginas, Seymour, que el conserje no representa nada, menos que ese cigarrillo que me estoy fumando para calmar la ansiedad..., de no fumar".

Afuera, por el pasillo, sigue avanzando sin rumbo aparente la atronadora voz que reclama la presencia del director del colegio quien, sobrecogido, y airado a la vez contra su amada, se le abraza buscando un refugio protector y exigirle, a un tiempo, sus derechos del yo te vi primero.

Edna, mira con ironía hacia el impreciso lugar del pasillo por donde resuena el grito de "iiiSsssinnerrr...!!!" y, con esa misma ironía, vuelve su mirada hacia la cara del que es su pretendiente desde hace 30 años, como diciéndole... "parece que te buscan ahí afuera, Skinny". Un reto para que salga y se enfrente de una vez por todas, a sus responsabilidades como director y como persona, con el mismo valor con que se enfrentaba a los Charlies en el Vietnam, y por el que le concedieron la Medalla al Honor del Congreso, en 1974. Quién lo iba a decir, más de 40 años después.

Ah..., pero la vida en Springfield, no es tan sencilla como aquella maldita guerra en las junglas pantanosas del sudeste asiático. Aquí, lucha contra una coalición estática en el tiempo: Agnes, Edna, Chalmers, Bart, Willie..., y alguno más que se le olvida. Y ninguno de ellos está dispuesto a ponerle fáciles las cosas para alguien que, como él, vive en una duda existencial y una inseguridad, congénitas.

- "Seymour... ibésame!", le exige ella al sentirse entre sus brazos, aunque fuera él quien sí necesitaba refugio. Y aún sin encontrar seguridad en ese abrazo, el roce de un hombre la sacaba de quicio y le hacía perder modales y pudores. Apenas hacía... nada, se había entregado a Willie, atraída por su olor a sudor y el sabor acre de su aliento a tabaco mascado. En otros momentos, no era esa rudeza áspera lo que buscaba y prefería la bohemia del profesor de filosofía. Hasta el gordo de la tienda de tebeos, había quedado seducido por ella. Pero los utilizaba..., y los desechaba.

Aunque con Seymour..., era distinto. No era el hombre que se le resistía porque fuera más fuerte que ella y que eso le atrajera. No. Era la

propia debilidad de él, la que le impedía dominarlo porque el dominio de Agnes sobre su hijo, era aún más fuerte. Y era un reto para ella el conseguir que Seymour, al final, venciera al dominio de su madre, y lo cambiara por el de su Edna. Y necesitaba tener ese trofeo que se le hacía inalcanzable a pesar de que él sí estuviera enganchado a ella con ese amor antiguo y petrificado, que sólo en Springfield era posible.

- "¿Bes...sarte..., aquí..., ahora...?" y dirigió la mirada hacia el pasillo, por el que parecía que el peligro se iba alejando.

Y sin dar respuesta a esa duda de lugar y tiempo, Edna le atrajo hacia sí, y se besaron. Le besó ella, más bien, con pasión de mujer despechada y acostumbrada a obtener de cada hombre, lo que quiere y cuando quiere. Y le desea cada vez que le viene a la cabeza el Seymour marine disparando su fusil de asalto M16, imaginando su poderoso torso, sudoroso, cubierto únicamente con una camiseta de camuflaje y cinta atada a la frente..., desatándosele las palpitaciones más íntimas y, ya..., no responde de sus actos.

El Superintendente Chalmers, se siente el rey en esa escuela de primaria, el único lugar donde se le teme. Su cometido es, controlar que las escuelas de primaria bajo su mando cumplen las normas. Y aunque no lo consigue en ninguna de las escuelas a él encomendadas por los menguados presupuestos que tienen, aquí, en ésta, se libera todas sus frustraciones porque Seymour Skinner es el único director al que consigue intimidar. Y disfruta con ello y siente el rastro del miedo que va dejando en cada huida, lo que le permite llegar hasta él, se esconda donde se esconda. Y a medida que se aleja del cuarto de mantenimiento, ese rastro se va disipando y le obliga retroceder sobre sus pasos hasta que lo vuelve a sentir más intenso cuando se acerca, de nuevo, al pequeño almacén de Willie.

Ahora, ya no grita su nombre, sino que llega sigiloso sabiendo que su presa está escondida ahí adentro y, de golpe, abre la puerta y la imagen de dos cuerpos anudados en un abrazo, se le aparece ante sus ojos.

"iiiSsssinnerrr...!!!", grita cuando la cara del director, con los ojos desorbitados, se gira hacia el golpe de luz de la puerta del cuarto que se ha abierto de repente, mientras Edna sigue aferrándole con los brazos y una de sus piernas sujetándole por debajo de la cintura, para que no huya y se enfrente al Superintendente..., por amor.

Skinner, hace un esfuerzo y traga saliva. Quiere hablar, justificarse, explicar que está enamorado de esa mujer, que no debería ser así siendo él el director de la escuela y ella, una profesora bajo su mando. Pero no le salen las palabras: la cara roja de ira del súper Superintendente, y las de satisfacción de todos los niños que han acudido, bajo el liderazgo de Bart Simpson, al grito aquél que siempre les alegra el día..., pues se lo

impiden.

De nuevo, el rechazo desdeñoso de su Edna que le mira furiosa mientras se recompone vestuario y peluquería. Ella confía en que, como otras veces que les han encontrado en similares embarazosas situaciones, todo quedará reducido a ese grito de guerra hacia su agobiado Seymour..., y que pasará al olvido otra vez, tras las promesas de éste de que "no volverá a pasar nunca más, se lo prometo Superintendente Chalmers...".

El único que se cree en esa escuela primaria, la sinceridad de sus promesas, y las sanciones que con ellas logra evitar el director Skinner..., es el propio director Skinner.

Al Superintendente le da igual el sistema de las escuelas públicas porque no cree en ellas. Él sólo cree en la iniciativa privada y, en que todo lo público, lo financiado por el estado o la nación, es un despilfarro ineficiente, donde un grupo de profesores y alumnos desmotivados, derrochan su tiempo y el dinero de los contribuyentes.

Pero él vive de eso y sólo se limita a representar un papel: el de quien vigila para que las normas se cumplan aunque está convencido que gasta sus energías en vano. Así que hace ya tiempo que finge ser un inquisidor del sistema público educativo porque es su modo de vida. Y sabe, además, que con su mentalidad de funcionario para nada imaginativo, en la escuela privada sería carne de cañón. Así que regresa a su papel, y vuelve a gritar:

"iiiSssskinnerrrr...!!!". Y sólo Seymour Skinner vuelve a temer que, ese desgarrado de voz frente al cuarto de mantenimiento, sea el producto de un enojo realmente sentido. Los demás, Edna, Bart y el grupo de niños que rodea al Superintendente, disfrutan sintiendo otra humillación del director ante su nueva complicada situación.

"iiPero... mire cómo me tiene el cuarto de mantenimiento, cómo están todas esas escobas, así, de cualquier manera puestas, los cubos, las fregonas... Skinner...: es usted un perfecto inútil!!", grita el jefe mientras el director se afana en poner todas las cosas en orden, a la par que aquél las va nombrando. Edna, se enciende otro cigarrillo y vuelve su cara hacia donde está Chalmers, hacia quien encara unas volutas anilladas del humo de su cigarro, como desafiándole a que le reproche a ella, que está prohibido fumar en la escuela. Pero éste, sólo carraspea un poco porque Edna, es mucha Edna para él, y calla. Acabado el trabajo de dejar el cuarto de mantenimiento todo ordenado, Skinner se queda mirando a su jefe, buscando la aprobación a eso, al menos.

El Superintendente, enojado, da un portazo y deja a oscuras a Skinner y Edna, marchándose por el pasillo, al grito de: "iiEsto no va a quedar así,

Skinner, porque voy a informar de su irresponsable comportamiento a la Junta de Escuelas Primarias..., vaya que si les voy a informar...!!".

Los ojos como platos del director, brillan en la oscuridad del cuarto de mantenimiento, compitiendo con la lumbre del cigarrillo que se anima, en cada calada profunda que ella le da.

"Mi Edna... ¿tú crees que informaré a la Junta de..., lo nuestro?", le pregunta sin fuerza en la voz.

Edna, mira para el techo, da un suspiro largo y piensa... "No tiene remedio". Y el poco furor húmedo que le quedaba de su contacto con él, se le disipa en instantes.

"Vamos, Seymour..., salgamos", le dice aceptando la realidad. Abren la puerta, y el coro de niños liderados por Bart Simpson, comienzan a jalearse al director:

"¡iSkinner..., Skinner..., Skinner...!!", como si éste fuera el quarterback victorioso de los Broncos de Denver, al que siguen cuando, derrotado, camina hacia su despacho. Mientras, Edna, apoyada la espalda y uno de sus pies sobre la puerta cerrada del cuarto, saborea su cigarrillo y mira a su eterno pretendiente que se aleja, y al grupo de niños que le va jaleando con cruel ironía.

Nada es fácil para los ciudadanos de Springfield porque cada uno de ellos, no tienen ninguna opción para cambiar el rumbo de sus vidas. Hay, como una falta de libre albedrío y un fatalismo vital, que les impide elegir su destino.

Bart, el niño revoltoso que no querría parecerse a su padre, se limita a arrepentirse una y otra vez de sus travesuras, sin que pueda evitarlas en la próxima ocasión. Y su víctima predilecta, Skinner, se lleva la peor parte en esa lucha entre el caos de quien nunca madurará, y el orden como meta del director vitalicio de la escuela, que le es inalcanzable.

Cada vida en Springfield es como una condena a cadena perpetua a cargar con la imagen establecida por poderes ocultos, y que no se modifica en lo sustancial, a pesar de que los años van pasando con el reloj parado. Es una resignación asumida por todos, de que uno nace como nace y ninguna fuerza, por sobrenatural que sea, lo puede cambiar.

Y así, Skinner, se enamoró de Edna un día de 1987, y sigue igual de enamorado de esa antojadiza, díscola y casquivana mujer, sin que nada de lo que ella haga o diga, le va a modificar sus sentimientos forjados en todos esos años. Tampoco puede pasar a mayores con su amada porque, Agnes, la madre siempre insatisfecha, es de quien se vale el destino, para

marcarle esa forma de ser de sometido a las mujeres de su vida.

Skinner se encierra en su despacho y el grupo de chicos se disuelve porque otras cosas en la patio del recreo, reclaman su atención.

"Esta tarde, se lo digo", piensa sentado tras su mesa. Y se da ánimos a sí mismo porque está harto de ser tan complaciente con su madre y decirle a todo que sí, con tal de no desairarla y que no esgrima esas taquicardias con las que le amenaza cuando se disgusta con todo lo que hace, y con las que le pone el corazón en un puño si piensa que en alguna de ellas, pueda... quedársele en el sitio. Claro que él, no sabe que eso, en Springfield, no ocurre porque el censo de población sigue inamovible desde 1987.

"Y le diré: madre..., hasta aquí hemos llegado. Se ha acabado eso de que yo tenga que hacer siempre, su santa voluntad. Porque aunque aparente que tengo sólo 37 años, tengo 67, madre, que es la edad que parece tener usted, ahora, aunque en realidad ya tenga 97. Son cosas de esta ciudad porque en Shelbyville... no pasa, y está aquí al lado. Así que he decidido que, le guste o no, quiero casarme con Edna..., y punto (así se lo pienso decir)". Y mientras todas estas cosas va pensando dispuesto a todo, ha ido ordenando su mesa una y otra vez, dejando los folios todos bien colocados, guardando los clips en su cajita, los bolígrafos en su cubilete, y la grapadora sobre el punto de la mesa que tiene dispuesto para ella. Un hombre..., fiel a sí mismo.

"Bueno, madre, no se me ponga así, porque tampoco digo que vaya a ser mañana. A fin de cuentas, Edna..., aún no sabe nada. Pero estoy..., casi decidido a proponérselo. Compréndalo, madre, ya estoy en edad de formar una familia... (se lo planto, así, tal cual..., vaya que si se lo planto...)", seguía meditando en las palabras que emplearía, enérgico, cuando llegara esa tarde a casa, tras la salida de la escuela. Y un temblor en las piernas le entró, de pensar en todo lo que podría pasar después.

La puerta del despacho, con un cristal traslúcido en el centro, enmarcó la silueta de la señorita Edna Krabappel, quien sin llamar, la abrió y entró.

Él, se levantó al verla y, tras cerrar la puerta que ella había dejado abierta, le tomó las manos con las suyas, atrayéndole hacia su cuerpo seguro de sí mismo, después de los decididos pensamientos que acababa de asumir como de inevitable suceder, cayera quien cayera. Hasta la profesora se sintió extrañada de la energía con que el director le tomaba de las manos. Extrañada..., y excitada por aquél vigor repentino que imaginó en todo su cuerpo, más allá de aquellas manos forjadas en las junglas del Vietnam.

- "Edna, mi inaprensible Edna, mi adorada Edna, mi voluble Edna...", le dijo a ella atrapada por la cintura como estaba y, él, mirándole con esa caída de ojos de quien se siente un protector consentido.

- "¿Y qué más...?", le preguntó Edna indiferente a los halagos que cada adjetivo que él iba colocando antes de su nombre, significaban.

- "¿Qué más...? Pues que a partir de este momento, el Seymour que tu habías conocido hasta ahora..., se ha acabado. Kaputt. Finito. C'est fini. Te lo puedo decir en más idiomas, pero no más claro. Quiero terminar con mi indecisión contigo y decirte que eres el amor de mi vida..." y no pudo acabar su frase porque Edna le interrumpió:

- "Sí, eso mismo ya lo he oído otras veces. Ahora, tradúcemelo al femenino, que me entere yo de lo que serás capaz de hacer por mí", le dijo en tono desdeñoso.

- "¿Que qué voy a ser capaz de hacer por ti...? Pues casarme contigo. Tómame mis palabras como una petición de matrimonio en toda regla", le dijo Seymour, convencido. Ella, abrió los ojos sorprendida de semejante afirmación y tiró de ironía:

- "¿Se ha muerto Agnes, o qué? Porque si es así, te acompaño en el sentimiento".

- "No se tiene que morir..., porque ya está decidido. Y lo que ella opine, me da igual. Siento que me he liberado de su tutela y se lo diré esta noche, cuando llegue a casa. Cuando me vea firme en mi decisión, comprenderá que no tiene más opciones que la de quererte como la nuera en que te voy a convertir..., cuanto antes. Esta noche, te llevaré a cenar al mejor restaurante, para celebrarlo". Y al terminar de decir estas palabras, le apretó más hacia él y le besó con pasión. Y ella, flotando en una incredulidad feliz..., se dejó llevar.

- "¡Ah, Seymour..., qué dichosa me haces: yo, señora de Skinner..., no me lo puedo creer!. Pero no voy arreglada para esa cena que me dices, igual lo podemos celebrar mañana, si te parece...", dijo ella imaginando todo aquél cambio en su vida, errática hasta entonces.

- "No hay mañana. Se han acabado las dudas y las vacilaciones. Cojamos al toro de nuestras vidas por los cuernos, hagamos un punto y aparte desde este mismo instante, y vayámonos de cena aunque estemos despeinados. El viejo Skinner..., ha muerto. ¡Viva el nuevo Seymour, dueño de sí mismo...!", y concluyó así la arenga dirigida a los dos, por dar ánimos y credibilidad a sus deseos.

De repente, el móvil del nuevo Seymour, comenzó a vibrar y a sonar con fuerza encima de la mesa en la que ellos estaban apoyados en un

abrazo de amor eterno y, él, miró en la pantalla y vio que indicaba: "Agnes Skinner". Seymour, tragó saliva..., y el sudor comenzó a brillantar su frente.

- "¿Qué quiere..., madre...? En estos momentos estoy muy ocup... Bueno..., sí..., sí..., pero madre..., no digo eso... es, sólo, que esta tarde había pens..., no, claro, lo comprendo...", iba diciendo sumiso el Seymour que, a un tiempo, miraba de reojo cómo la cara de su amada se iba descomponiendo de la ira. "Pero digo yo..., que sí, que hoy van sus amigas a la partida, ya lo sé..., no..., no es que me niegue, sólo que esta tarde precisam..., sí..., sí..., sí..., madre, no sé..., bueno, vale, si no queda más remedio... p... pues ya iré, claro. Además yo quería hablar con usted para dec... Bueno, vale, se lo comentaré mañana, tampoco era tan urgen... Sí, en cuanto salga de la escuela, acudo, no tema. Un beso, madre...", y colgó.

- "iiiSssskinnerrr...!!!", gritó Edna, con los ojos más llenos de rabia que de lágrimas y se salió del despacho dando un portazo.

- "No, Edna..., no es lo que parece..., es sólo que tengo que ir, precisamente esta tarde, a cortarle las uñas de los pies a mi madre, porque vienen sus amigas a jugar la partida de todos los jueves. Compréndelo..., mujer, mañana te prometo que sí que iremos a la cena esa de compromiso... Es, sólo, que no he podido negarme porque quería estrenar hoy sus zapatos abiertos, que ya está haciendo calor... Lo nuestro..., por un día, puede esperar..., digo yo...Edna..., Edna...". Y caminaba suplicante tras ella para hacerle entrar en razón, por entre aquél laberinto de pasillos que no conducían nunca a ninguna parte, en esa escuela de primaria de Springfield, una ciudad mágica donde el tiempo se había detenido para que las cosas, nunca cambiaran.

F I N